EL FEMINISMO

(OBRAS)



La inferioridad mental de la mujer, por P. J. Moebius - 1902 - (Tomo encuadernado con Nóvoa).

Discurso acerca del feminismo, (defensa), por Javier Lasso - 1904 - (Tomo de varios discursos).

La indigencia espiritual del sexo femenino, por R. Nóvoa - 1908 - (Encuadernado con Moebius).

Biología y feminismo, por Gregorio Marañón. (A continuación).

Las obras citadas por esos autores - (Diferencias de sexos, en mi Antroposociología - 1911 - Del sufragio femenino en España. 1917. Recortes).

Biología y feminismo

(Conferencia leída por el doctor Marañón en la Sociedad Económica Sevillana de Amigos del País el 19 de Febrero de 1920.)

«Señoras y señores:

Sean mis primeras palabras de gratitud á la Junta directiva de esta Sociedad por el honor que me hace al incluirme á mí, modesto técnico, al lado de las ilustres personalidades encargadas de explicar estas conferencias.

Gracias también al público que me honra con su presencia. Y por adelantado tengo que solicitar de él que extreme su benevolencia para mí. Voy á hablar de asuntos que tal vez parezcan algo escabrosos, en ocasiones, á los oídos femeninos que me escuchan. Pero sería hipócrita hablar de feminismo, del honrado y limpio feminismo que deseamos para las mujeres de España, haciendo traición á una de nuestras más firmes convicciones: la que coloca gran parte de la culpa, de la situación injusta que el sexo femenino ocupa en la sociedad, en una mal entendida veladura de cuestiones que sólo cuando se tratan cara á cara adquieren su máximo valor moral. Yo no soy un orador ni un literato.

No sé decir las cosas en forma que parezcan lo contrario de mi pensamiento. Soy, tan sólo, un biólogo, y en Biología no hay más que una verdad, y ésta siempre es honrada y puede presentarse sin velos.

Necesito algunas palabras para justificar el tema de esta conferencia. Que el feminismo es un asunto de inmediata actualidad, está en el ánimo de todos. Venía siéndolo desde hace algunos años, cada vez con mayor relieve y apasionamiento; y la guerra europea, al plantear el problema de la utilización forzosa de la mujer en trabajos hasta entonces reservados total ó casi totalmente al hombre, ha dado un súbito y enérgico impulso al movimiento feminista en las naciones beligerantes, y, de rechazo, en las neutrales. Las Asociaciones sufragistas han logrado, al calor de la guerra, objetivos que en los años anteriores se les negaban obstinadamente; lo mismo ha ocurrido con las aspiraciones económicas de la mujer; los grupos y organizaciones feministas de todo el mundo se agitan de nuevo, con las huestes más compactas que nunca y con la fe que da el haber vencido ya parte de la batalla.

Sólo una síntesis informativa, imparcial, de cuanto se ha dicho últimamente sobre el feminismo, y un análisis de sus aspectos ya planteados en la práctica, justificaría el distraer un rato la atención de un auditorio como el que me hace el honor de escucharme. Pero mi objeto es otro. El feminismo, en nuestro país, es todavía algo inorgánico, amorfo, embrionario. Ni existe una acción feminista con medula y nervios templados, ni la masa de los españoles está preparada para recibir la reforma. Se corre el peligro (que en estos tiempos de vertiginoso andar de las Sociedades no nos sorprendería) de que las aspiraciones de nuestras feministas alcancen estado legal de un modo prematuro. Porque si bien hay leyes que educan á los pueblos, hay otras leyes que exigen una previa educación en las muchedumbres; y de esta última clase son buena parte las que pretende implantar el feminismo.

Hay que considerar atentamente el problema de las aspiraciones actuales de la mujer desde un punto de vista biológico; esto es, no como algo rígido é invariable, sino como una cosa flexible, adaptable y viva, distinta para cada caso y en todo caso subordinada á las características biológicas del país donde se va á aplicar.

No es ninguna novedad enfocar el problema feminista en su aspecto biológico, en las raíces que le atan á lo íntimo de la naturaleza del sexo. Pero, en general, estas contribuciones son escasas, y, sobre todo, son apasionadas. Seguramente estáis pensando muchos en el libro de Moebius, tan llevado y traído por feministas y antifeministas, en el que el autor se ensaña, por decirlo así, con el sexo débil, diciendo, sí, muchas verdades sobre ciertos aspectos psicológicos de la mujer; pero presentadas y comentadas con tan rabiosa parcialidad que, sin querer, piensa el lector, mientras recorre sus páginas, que no debió irle muy bien al autor en la lotería de los sexos, que todos jugamos con varia fortuna.

Yo creo que el aspecto biológico del feminismo no puede plantearse partiendo, como Moebius, del prejuicio de la inferioridad de la mujer, que, como tesis general, es ya insostenible, y que, aunque fuese cierta, no sería un argumento en contra, sino, antes bien, favorable al movimiento feminista.

Lo que hay que estudiar es lo siguiente: los dos sexos que pueblan la tierra son fundamentalmente distintos, en cuanto sexos. Ahora bien; las diferencias que empiezan en la glándula genital del hombre y de la mujer, que se continúan en la morfología de cada sexo, grácil y delicada en la hembra, musculosa y fuerte en el varón; que dan las características sentimentales é instintivas tan claramente diferenciables en ambos tipos sexuales, sobre todo cuando las enciende el instinto específico, ya en su pureza brutal, ya nimbado de las llamas inmortales del amor; todas estas diferencias tan hondas, que normalmente atraen irresistiblemente á los dos sexos, haciéndoles chocar, pero nunca confundirse, ¿acaban aquí ó, por el contrario, se prolongan más allá en la esfera puramente intelectual y en el terreno de la actividad social del hombre y de la mujer?

He aquí el nudo del problema. Estas dos glándulas, la femenina y la masculina, tan distintas, más que distintas tan opuestas, como que son los polos en que se apoya el eje en torno del cual está girando la humanidad desde sus comienzos hasta que desaparezca del cosmos, ¿hasta dónde extienden su influencia respectiva? En

la vida vegetativa de los seres humanos hay, al lado de los sectores separados por el abismo del sexo, otros indiferenciables, comunes, como la digestión, la respiración, la circulación, que en nada ó sólo en pequeños detalles se distinguen en un hombre y en una mujer normales. En la vida afectiva y en la vida intelectual, en la actividad social de hombres y mujeres hay la misma comunidad de unos aspectos y la misma separación de otros. Y esto es lo que el biólogo, frente al problema del feminismo, debe tratar de diferenciar; porque las aspiraciones de la mujer serán tanto más legítimas cuanto más se ajusten á las modalidades fisiológicas de su sexo. En esto concidirán los detractores más apasionados del feminismo con sus defensores más ardientes.

La diferenciación de lo dos sexos se había estudiado hasta hace poco tiempo tan sólo en su aspecto morfológico. Bien conocidos son, por ser del uso diario de los sentidos su apreciación, los caracteres sexuales primarios y secundarios que en la espacie humana y en todo el reino animal separan al macho de la hembra. Los naturalistas y biólogos afinaron después las diferencias que á la afectividad imprime el sexo; es decir, el distinto modo de sentir y de reaccionar en los momentos pasionales el alma de la mujer y la del hombre, distinción tan bien apreciada por el vulgo, que dice, por ejemplo, de un hombre pusilánime que «llora como una mujer», ó que llama «varonil» á una mujer decidida.

Pero no se reducen á esto las diferencias que el sexo imprime en la naturaleza humana. Los estudios recientes demuestran que el funcionamiento de cada célula de los diversos tejidos que constituyen el organismo es diferente en el varón y en la hembra; de ello resulta que es también diferente el conjunto de las misteriosas funciones de la transformación, aprovechamiento y eliminación de los materiales nutritivos que se conocen con el nombre general de «metabolismo orgánico». El metabolismo, lo más íntimo de la química del sér vivo, es, por lo tanto, perfectamente distinto en cada sexo. Blair Bell, en un sugestivo libro, insiste mucho en estos hechos y en la importancia, tan lejana pero tan decisiva, que tienen para la comprensión del feminismo actual. El metabolismo del varón tiende á la transformación rápida, al gasto dispendioso de los materiales nutritivos; es catabólico, según la acertada expresión de Geddes y Thompson; el de la hembra tiende á la síntesis, á la reserva; es anabólico; el primero, es derroche; el segundo, economía.

He aquí ya marcada, y en lo más hondo de la vida del organismo, una diferencia que nos enseña, con la fría exactitud demostrativa de la físico-química, cuáles son los caminos divergentes que para cada sexo ha trazado el Destino. El hombre tiene construída su economía para el desgaste; es decir, para la lucha en el ambiente externo. La mujer está hecha para el ahorro de la energía, para concentrarla en sí, no para dispersarla en torno; como que en su seno se ha de formar el hijo que prolongue su vida, y de su seno ha de brotar el alimento de los primeros tiempos del nuevo sér.

Claro es que esta diferencia fundamental en la íntima nutrición de cada sexo depende directamente del órgano característico del mismo; esto es, del ovario de la mujer y del testículo en el hombre, glándulas ambas que por intermedio de productos que vierten en la sangre—las ya tan vulgarizadas secreciones internas—actúan, en colaboración con otras glándulas de la misma categoría, pero siempre bajo la dirección de las sexuales, sobre la nutrición del organismo, regulándola, imprimiéndola mayor ó menor intensidad y haciendo así que predomine el gasto ó el ahorro.

Ahora bien; del metabolismo, de la modalidad nutritiva del organismo depende la constitución morfológica de éste, y, por lo tanto, su aptitud funcional, no sólo, como suele creerse, en el orden vegetativo, sino también en lo referente al funcionamiento intelectual. De aquí la conclusión, que parecerá atrevida á muchos, de que, en último término, no sólo la apariencia externa y la actividad vegetativa, sino también la elaboración mental de cada hombre y de cada mujer están directamente influenciadas por sus respectivas glándulas sexuales.

En los tiempos en que se discutía si el espíritu es independiente ó no de la materia, la anterior conclusión hubiera parecido fantástica. Hoy podemos enunciarla con el reposo de los hechos adquiridos por la Biología. No serían oportunas en esta conferencia de divulgación demostraciones científicas (por lo demás bastante en-

revesadas en algunas de sus partes); pero sépase que según los estudios de varios experimentadores modernos, principalmente ingleses y americanos, Sidney «Ringer» y Dudley Buxton, «Balair»-Bell, «Hoskins» y Wheelon) de que ese metabolismo sea del tipo varonil ó del femenino depende, entre otras cosas, el que haya más iones de calcio en el organismo, y á este hecho tan material está en gran parte subordinada la mayor ó menor irritabilidad del sistema muscular, la mayor ó menor actividad vaso-motora y la mayor ó menor excitabilidad de la célula nerviosa. Factores tan importantes como que de ellos depende, á su vez, el que la mujer sea, como tipo general, lenta en sus movimientos, tímida y emocionable en la esfera afectiva y poco enérgica y rutinaria en su mentalidad; mientras que el hombre es, por los motivos opuestos, vivo en el ejercicio físico, más impasible ante las emociones y más pronto y original para el acto mental.

No es, pues, una posición teórica más ó menos ingeniosa, sino un hecho basado en realidades biológicas, el considerar que en torno de cada sexo la influencia de éste traza un amplio círculo, y que dentro de ese círculo se agitan todas las actividades del hombre ó de la mujer, fatalmente sometidas á la influencia sexual. Ahora bien; así como en lo morfológico distinguimos los caracteres sexuales en «primarios» y «secundarios», así también, en lo funcional, podemos dividir las actividades orgánicas en «primarias» y «secundarias». Las «primarias» son las funciones sexuales, propiamente dichas. Las «secundarias», todo el conjunto de las actividades sociales, en apariencia independiente del sexo, pero en realidad dentro de la órbita de su influencia.

Esta distinción aparecerá muy clara, en sus términos esquemáticos, si consideramos á la pareja humana primitiva en los albores de su vida sobre el planeta, ó bien á la pareja humana de los actuales pueblos incivilizados. En ambos casos, la vida del varón y de la hembra se reduce á cumplir estrictamente su fin reproductor. La función sexual primitiva es en el hombre breve, fugaz. Pero en cambio, las funciones sexuales secundarias son en él arduas y complicadas; el hombre ha de traer cada día el sustento preciso para la hembra y para la prole, buscando los frutos y alimentos vegetales donde los haya ó cazando á los animales, á veces con fatigas, cuando no con peligro para su vida; ha de defender también á la familia de los ataques de los hombres enemigos y de los animales feroces; debe resguardarlos, en fin, de las inclemencias del ambiente. Todo ello requiere tiempo, destreza, resistencia, construcción y manejo de herramientas y armas; mil modos de actividad, en suma, aparentemente extrasexuales, pero que, en realidad, responden estrictamente al fin sexual.

En la hembra, por el contrario, observaremos que la función sexual primaria es larga y complejísima. Comprende toda la serie de funciones, á cual más complejas y delicadas, de la maternidad. Los nueve meses de la gestación, el trance cruento del parto, el año largo de lactancia, que absorbe casi por entero la vitalidad del organismo materno, y, por fin, los cuidados íntimos y continuos que requiere el niño hasta que empieza á valerse por sí solo. Este proceso, repetido varias veces, inutiliza para otra actuación á la mujer durante los años mejores de su vida y apenas la deja espacio para el cumplimiento de las funciones sexuales secundarias, que se reducen al cuidado interno del hogar (que fundamentalmente representa la preparación para nuevas procreaciones); y á las operaciones del adorno personal, que, á juzgar por los hallazgos arqueológicos, tenían ya un importante lugar en la vida de la mujer primitiva, y cuyo sentido sexual es indudable, como que representa los rudimentos de atraer al varón, farsa previa obligada de todo el proceso sexual.

Esta distribución de las actividades respectivas en la pareja humana primitiva no obedece, pues, en modo alguno á esa irritante desigualdad impuesta por el hombre, que constantemente invocan las feministas. Es que la Naturaleza ha marcado ya, fatalmente, la existencia de esa desigualdad. Y es inútil tratar de equiparar las actividades de los dos organismos, construídos con arreglo á un plan funcional diametralmente diferente.

Pero estamos hablando del hombre y de la mujer primitivos, y argüirán los feministas:—El problema del feminismo no es de los tiempos prehistóricos, sino de los actuales.—Es cierto, y vamos á hablar de éstos. La civili-

zación actual ha cambiado por completo las condiciones de la vida de la Humanidad. Un abismo inmenso separa al actual hombre de ciencia, que inclina la frente dilatada sobre el microscopio, del fiero varón de la edad paleolítica, que, según nos describe Obermeyer, acechaba, agazapado entre los arbustos, avizor el ojo penetrante, la caída de un elefante ó un reinoceronte en la trampa, toscamente dispuesta. Y un abismo debe separar también á la mujer de hoy, culta, sensible, libre y consciente de sus derechos, de aquella «hembra infeliz—de que nos habla el malogrado Gómez Ocaña—perseguida y sometida por el hombre de las cavernas».

Pero á través de tantos cambios y de tantas complicaciones en la vida física y espiritual de la especie humana, subsiste invariable la primitiva energía sexual, imponiendo su sello á las actividades de cada sexo. Esto es lo que se olvida casi siempre al tratar de los problemas feministas. Ahora, como en los albores de la vida humana, no es posible la igualdad absoluta de los dos sexos, porque su estructura biológica es, como antes decíamos, fatalmente distinta. En la perfecta mujer actual, seguirán, por lo tanto, siendo las funciones sexuales primarias lo fundamental de su actuación; toda esa serie de episodios, estrofas de un largo y admirable poema, en el que se mezclan con las más puras alegrías los más hondos dolores, que se encierra en un nombre maravilloso: «la maternidad». Nuestra mujer, como la paleolítica, está hecha para ser madre, y debe serlo, por encima de todo. Y la mujer que es madre, y que lo es plenamente, y, sobre todo, la que lo es varias veces, no debe tener tiempo, aun suponiéndola dotada de capacidad excepcional, para dedicarse á actividades sociales extrañas al hogar.

En cuanto al hombre de nuestros siglos, la función sexual primaria debe seguir siendo incidental. Cuando no ocurre así, cuando hace del culto de la mujer el objeto principal de su vida, esto es, cuando tiene la psicología del «tenorio», ya no es un hombre perfecto en el sentido de la masculinidad. Se da, pues, la paradoja de que biológicamente el «tenorio» sea tan poco varonil, como la sufragista exaltada es poco femenina. El campo natural de la actividad sexual del hombre está en su papel en la lucha por la vida, que por complicada que sea en estos tiempos no es más que la transformación de las sencillas y rudas aventuras venatorias y guerreras del hombre paleolítico.

Para mí, no tiene duda, como ya Moebius, Weininger y Metchnikoff apuntaron, el sentido sexual de la actividad social del hombre, en todos sus grados y manifestaciones, desde la labor manual del picapedrero hasta la profundidad del descubrimiento científico.

Y esta afirmación nos lleva al planteamiento escueto del problema siguiente, que es el nudo de la cuestión feminista: siendo las actividades sociales (manuales, administrativas, políticas, científicas, artísticas, etc.) funciones sexuales masculinas, ¿estarán, desde el punto de vista biológico, vedadas á la mujer? Teóricamente no vacilaremos en contestar que sí. Ahora, en la práctica, en la regla general caben numerosas excepciones, que iremos indicando.

Pero insistamos antes en la afirmación de que la mayor parte de esas adversas actividades sociales pertenecen exclusivamente al sexo llamado con entera razón fuerte. Además de los motivos antes enumerados, que indican la mayor aptitud del sistema motor y nervioso del hombre para ese orden de actuaciones, hay un hecho de observación del más alto valor, que es el siguiente: el éxito social es en el hombre un motivo de vigorosa atracción sexual respecto á la mujer. Y en la mujer, respecto al hombre.

El triunfar en la vida en cualquiera de sus órdenes es, en efecto, para el hombre el más poderoso y legítimo resorte para ganar el corazón femenino. A esta razón, puramente sexual, obedece el fervor que infunde al hombre que lucha la presencia de la mujer amada, sentimiento tantas veces explotado por escritores y artistas, tan antiguo como la misma humanidad y aun anterior á la humanidad, puesto que también se observa en el reino animal. Helo aquí, para escoger un ejemplo remoto, maravillosamente expresado por el cantor desconocido del «Mio Cid», cuando pinta al campeador próximo á entrar en batalla contra el rey de Marruecos, lleno de exaltación porque por vez primera su mujer, desde lo alto del Alcázar de Valencia, va á verle luchar:

Non ayades pavor—dice el heroe á Jimena—porque me veades lidiar;

con la merced de Dios é de Sante María Ma-
(dre
créceme el corazón *porque estades delante.*

El valor, la decisión de vencer que la presencia de la mujer infunde, responde al sentimiento, netamente sexual, de que la victoria le hará ser preferido entre los otros hombres ó aumentará el caudal del amor ya existente. En nuestros tiempos este hecho se repite todos los días en las luchas del «sport» ó de los espectáculos deportivos, así como en las lides espirituales del arte, la política, la industria, la ciencia, etc.

En cambio, en la mujer no ocurre ciertamente lo propio. El éxito social en la mujer antes es un motivo de apartamiento para el hombre que acicate de su inclinación amorosa. No puede compararse la atracción que ejerce sobre el hombre la gloria de una novelista ó de una pintora—no digamos de una diputada ó ministra—con la del simple taconeo de una modistilla garbosa. Repásese la historia de las mujeres que se han hecho célebres por motivos puramente intelectuales, y se verá que, en general, fué muy pobre su vida pasional. En alguna, como Jorge Sand, sí fué complicada; pero basta leer su biografía, y sobre todo las revelaciones, palpitantes de realidad, de su correspondencia, para darse cuenta de que se trataba de afecciones puramente cerebrales, en las que apenas intervenía la dinámica normal de los sexos.

Véase, en cambio, qué distinta es la actitud del hombre frente á la artista de teatro: la cantante, la comedianta ó la bailarina. En todas estas manifestaciones, muy poco cerebrales, se exaltan cualidades legítimamente femeninas, como son la voz seductora y la gracia de la figura y del ademán; y á veces se acentúan, como pasa en ciertos bailes, modos de sugestión directamente sexuales. Por todo ello, al éxito artístico acompaña en esas mujeres el de la atracción apasionada é innumerable de los espectadores masculinos. Y el fondo de esta atracción sexual que hay en estas manifestaciones artísticas de la mujer lo demuestra el hecho, tantas veces repetido, de cómicas, cantantes, pianistas, etcétera, que, á favor de su arte, logran un buen matrimonio, y desde este punto se retiran á la vida privada, unas veces, es cierto, por imposición celosa del marido; pero casi siempre impulsadas por la natural vocación de la mujer á la vida del hogar.

Otras varias razones, ya más conocidas, hablan también en apoyo de la tesis de que las actividades que exigen un esfuerzo intelectual original, son extrañas á la psicología normal del sexo femenino. Es una de ellas el escaso número de mujeres que han sobresalido en el mundo intelectual. En todos los tiempos ha habido mujeres que han podido codearse en profundidad y ponderación mental con los varones más insignes, y aun algunas que, en su época y en su país, se han adelantado al sexo contrario. Entre nosotros, tenemos un ejemplo incomparable en doña Concepción Arenal; pero, en general, aun sin llegar á la despiadada crítica que de las mujeres célebres hace Weininger, tenemos que reconocer que al talento femenino, aunque alcance límites avanzados de claridad y penetración, le falta originalidad. Por eso, en la ciencia, las mujeres son buenas técnicas, pero no inventoras; y en el arte, buenas ejecutantes, intérpretes y copistas, pero no suelen innovar nada. Moebius insistió mucho sobre este punto, y recientemente vuelve sobre él Gómez Ocaña, aduciendo, entre otras curiosas razones, la observación del exceso de mujeres que copian cuadros en los Museos con relación á los copistas masculinos. «Los hombres —añade—no se prestan á la copia, porque buscan la originalidad desde que saben manejar los pinceles.»

A esto arguyen los feministas que el menor rendimiento intelectual del sexo femenino se debe á que ocupada la mujer en las labores caseras, no ha podido perfeccionar el desarrollo anatómico y funcional de su cerebro. ¿Pero seguirá siendo así—añaden—en lo futuro? «Esperad—leo en una publicación católica de tendencias feministas—que la sociedad conceda á todas las jóvenes de la clase media el mismo tipo de educación que al hombre, dispensando además á las más inteligentes de la preocupación y el cuidado de la prole y... entonces hablaremos.»

Tal vez supongáis que estas palabras son de una sufragista exaltada. No es así: son de un hombre, y de aquellos cuyo prestigio está á salvo de todas las críticas. Son de Cajal. Pero hay que decirle, con el respeto y el amor que como todo español le debemos, que no tiene razón. Lo que

en la mujer se opone al predominio de las funciones intelectuales no es una inferioridad de su sistema nervioso (en el cuál yo no creo); es simplemente su sexo, que indefectiblemente marca y marcará siempre otros rumbos á sus actividades. ¡«Cuando se dispense á las mujeres más inteligentes de la preocupación y el cuidado de la prole»! ¡Ah, no, maestro! Las más inteligentes, precisamente por serlo, si son mujeres normales, no aceptarán esa dispensa; no cambiarán por todo el rendimiento de gloria que dan al ejercicio social del intelecto, la pura y escondida alegría de ser madres por entero, sin restar un segundo al vulgar pero inefable «cuidado de la prole».

La mujer, por consiguiente, en nuestros tiempos, como en los antiguos, tiene y tendrá siempre, como misión fundamental, el ejercicio de las funciones sexuales primarias que constituyen la maternidad. Las leyes biológicas son invariables; están por encima de toda discusión literaria y filosófica; y estas leyes marcan, con inequívoca certeza, la verdad que acabamos de enunciar. Pero no basta decir: «la mujer debe ser madre». Tiene que serlo bien.

Ser madre es algo mucho más complejo que formar hijos en su seno y darlos á luz. Es algo que se extiende muy del acto concepcional, que implica muchos deberes y muchas cualidades; hasta tal punto importantes, que por sentirlos y practicarlos con amor maternal, hay mujeres que, siendo vírgenes, pueden ostentar el título de madres con más legítima razón que muchas multíparas.

Y yo digo que la casi totalidad de las mujeres—y hablo ya principalmente de España—van á la maternidad, y la practican luego, henchidas del más puro y entrañable instinto materno, pero en un grado insólito de incultura, cuyas consecuencias se echan de ver bien pronto en la mezquindad de los frutos logrados. Y esto es cierto, hasta el punto de que creo que en nuestro país el feminismo no puede pasar adelante en sus aspiraciones sin poner antes remedio á este trance, en que amenaza naufragar la vitalidad de nuestra raza.

No os hablo de las mujeres de las clases elevadas, aunque también de ellas habría mucho que hablar. Si no una cultura profunda, tienen, casi todas, la cultura banal que se pega en el viaje, en la conversación, en la lectura de las revistas y aun de algunos libros. Y tienen, además y sobre todo, el dinero, que suple tantas cosas imperfectas. Os hablo de la mujer del pueblo, de las mujeres de los obreros de los campos y de las ciudades.

Estas mujeres tienen su único y efímero momento de triunfo y de ilusión cuando dan sus primeros pasos por el camino de la juventud. Entonces las vemos nosotros pasar por la calle, de vuelta de su taller ó de su paseo, supliendo con la gracia y la belleza, tan pródigamente repartidas en nuestro país, la modestia de su indumentaria. Cada año, nuevas muchachas aparecen y renuevan en nosotros esta fugitiva impresión de optimismo. Pero apenas volvemos á saber de la tragedia de las que cada año desaparecen en las tristezas del hogar.

No me citen los líricos ejemplos de esta y de la otra pareja que supo convertir en realidad el falsisismo, el absurdo refrán de «contigo pan y cebolla». La realidad es muy otra. Yo os invito á que asistáis conmigo á esta experiencia. Cuando al pasar por las calles de un pueblo—sobre todo los de nuestras Castillas—ó por los suburbios de las grandes ciudades, donde viven los obreros, veáis á esas mujeres que descansan con un niño en brazos y varios en torno, ó que se afanan en los quehaceres domésticos, calculad un momento su edad, y luego preguntádsela.

Aun suponiendo que estén también tocadas de la manía, tan femenina, de amenguar sus años, yo os aseguro que sentiréis muchas veces dolor y asombro al saber que apenas han pasado los treinta años, hay mujeres consumidas por una vejez prematura, que representan cerca de cincuenta.

Y esto no es una excepción. Con los amigos que comparten mis trabajos del Hospital general de Madrid, adonde acuden gentes de toda España, repetimos muchas veces esta prueba con el mismo resultado, naturalmente no en mujeres enfermas, sino en las que vienen acompañando á los pacientes ó á las que padecen afecciones agudas, que por sí solas no influyen en el aniquilamiento orgánico.

Pero si á estas mujeres que han perdido todos los encantos de su sexo, agotadas, indiferentes y tristes, les preguntáis después cuántos hijos han tenido, experimentaréis un sentimien-

to de alivio cuando os respondan que han tenido ocho, diez, doce, y con frecuencia quince ó más. He aquí, pensaréis, unas madres admirables, que sin ningún desahogo material en el hogar no han vacilado en sacrificar su juventud al bien de la sociedad. He aquí estas madres de nuestra patria que dan una estadística de natalidad superior á la de los grandes países de Europa y América, más civilizados, pero más corrompidos que el nuestro.

Mas preguntarles ahora cuántos hijos viven de los que dieron á luz, y os aseguro que vuestro optimismo se trocará en terror; porque de esos hijos, engendrados en pleno trabajo, paridos con tanto dolor, amamantados exprimiendo el organismo exhausto, no quedan ni la mitad, muchas veces menos, quizá sólo uno ó ninguno. No creáis que exagero. Voy á leeros una estadística macabra, que os lo probará.

Se refiere á mujeres de todas las provincias de España, excepto Cataluña, Baleares y Canarias.

Todas estas mujeres, escogidas al azar, pertenecen al proletariado. Todas han terminado ya su ciclo sexual; los datos que nos han proporcionado son ya, por lo tanto, invariables. Estos datos nos dicen:

Que un 28 por 100 de dichas mujeres habían tenido más de ocho hijos: diez, doce ó más; con frecuencia dieciséis ó diecisiete; en dos casos hasta veinte. Esta proporción de mujeres de elevada fecundidad, es realmente extraordinaria, muy superior á la de los países más cultos de Europa.

Pero de los 473 hijos de estas mujeres fecundísimas han muerto 382. Fijaos bien: 473 nacimientos y 382 muertos. Es decir, una natalidad que supera al 80 por 100. Varios de los autores que como Marestán tratan de la cuestión sexual en otros países, dan estadísticas semejantes á la nuestra en las multíparas pobres de ciertos departamentos de Francia y de Rusia. Pero no llegan á la hecatombe española.

Un 54 por 100 de las mujeres examinadas habían tenido un número de hijos oscilando entre uno y 7. La mortalidad de este grupo, siendo también elevadísima, es menor que la del grupo anterior: un 65 por 100. Si de esta serie de mujeres aislamos todavía el núcleo de las que han sido madres de un número, que pudiéramos llamar normal, de hijos—3 á 5—veremos que la cifra de mortalidad desciende hasta el 59 por 100.

Ved, pues, qué tremendo, pero qué estéril esfuerzo el de nuestras pobres mujeres. ¿Qué dirán ahora ante estas cifras abrumadoras nuestros sociólogos entusiastas? El neomaltusianismo más depravado no ha logrado en el país que se considere más inmoral ni acercarse remotamente á los estragos que produce en nosotros la miseria y la ignorancia.

He aquí, repito, el problema más urgente que, como una herida abierta y sangrante, se ofrece á nuestra acción feminista. Porque su solución depende, claro está, de muchas cosas, sobre todo de que las condiciones materiales de los pobres mejoren hasta parecerse á las de los ricos, que logran conservar á la prole casi incólume y con más dinero; con Gotas de Leche, Dispensarios, Asilos, etcétera, se irán logrando estas aspiraciones. Pero influye también extraordinariamente en el estado actual de cosas la ignorancia de mujeres y hombres en las cuestiones del sexo, y consecuencia de ella la sumisión moral y material de la mujer frente al problema sexual. Y el luchar contra esto último ha de ser obra preferente de la propaganda feminista.

El feminismo verdadero debe propagar también frente á las campañas de otros feminismos reprobables: la necesidad de que la madre críe á sus hijos.

Y todavía ha de dedicar la mujer muchos días al cuidado de la educacón primera del hijo, educación que en estas fases iniciales debe ser maternal. Pestalozzi inmortalizó esta idea en palabras escritas en aquel momento, el más noble de la vida del hombre, en que, según su propia confesión, «era ya un niño con la cabeza blanca; pero un niño que había sufrido mucho». En este momento de máxima sensibilidad y perspicacia, resumía así sus ideas sobre la educación: «Que la primera instrucción del niño, nunca sea asunto de la cabeza, asunto de la razón; que sea eternamente objeto de los sentidos, objeto del corazón, objeto de la madre». Y pensad en la labor que hay que hacer para que esta sublime verdad pueda ser

practicada por tantas y tantas mujeres que, por ignorancia, por frivolidad ó por tener que ganarse el pan fuera del hogar, no llegan á cumplirla.

Pero no se detienen aquí, en estos cuidados directamente maternales, las obligaciones que impone á la mujer su sexo. Nos referimos ahora á la necesidad de intensificar y difundir la cultura general en la mujer. Ya está en el ánimo de todos que pasaron aquellos tiempos en que la frivolidad y la ignorancia, más ó menos disimuladas con la graciosa viveza propia del espíritu femenino, eran, no sólo admitidas, sino alabadas en el bello sexo. Todavía no hace demasiados años y por persona de tan alta jerarquía mental como Stendhal, se decía á las mujeres que «cuanto menos educación, propiamente dicha, tienen, tanto más valen». «Quizá por esto—agregaba—en Italia y en España son tan superiores á los hombres; y diré asimismo, tan superiores á las mujeres de otros países.»

Hoy debemos pensar de la mujer que gran parte de su felicidad futura, dentro de la vida sexual, depende de que su espíritu esté cultivado y abierto de par en par al mundo del intelecto. Su belleza física es la que atrae al hombre; pero es el grado y el modo de su espiritualidad el que le retiene. La mujer suele tener aptitud extrema para varias artes y ocupaciones que no exigen un esfuerzo de originalidad intenso. Y mencionaremos entre ellas, por su relación con los puntos de vista que venimos sosteniendo lo que pudiéramos llamar el «arte decorativo doméstico», tan descuidado entre nosotros. Me refiero al adorno de la casa, en el que las mujeres de otros países ponen tan solícito é inteligente cuidado. ¡Cuánta importancia tiene en la vida del hogar y en la educación de los que le habitan, el que la casa tenga un carácter propio, cálido y artístico, que es perfectamente compatible con la modestia y casi con la pobreza! Carácter propio y cálido; porque esos interiores en que cada detalle es sobrio y bello y ha sido objeto de una preocupación del espíritu de la mujer, parece que están animados de la misma alma de la dueña y con una tibia atracción acogen y retienen al que los vive ó los visita. En cambio, ¡qué fríos, qué hostiles esos hogares suntuosos en los que la iniciativa de la mujer no puso nada, contratados á gusto del mueblista de más fama; ó bien esas casas de nuestra clase media que nos ahogan con su triste pretensiosa ramplonaria!

Por fortuna van siendo cada vez más numerosas entre nosotros las muchachas que adquieren con títulos oficiales ó sin ellos, una cultura artística, comercial, científica ó literaria. Sin que sea el ideal femenino ganarse la vida en este orden de actividades, no se olvide que tal como está organizado el mundo, la viudez, la soltería ó la escasez de los recursos ganados por el marido, ponen con frecuencia á la mujer en el trance de necesitar de su propio trabajo. Y, en todo caso, esta mujer culta, siempre estará dispuesta espiritualmente para aplicar sus conocimientos, generales ó especializados, á una de esas colaboraciones en las tareas del padre, del hermano y sobre todo del esposo, que tan frecuentes son fuera de España y que con tan íntima y perdurable comunidad ligan la vida de dos seres de distinto sexo.

Y fuera del hogar ¿debe trabajar la mujer? El criterio biológico, que procuramos sea nuestra norma, es resueltamente contrario á que las madres—fijaos bien, las madres—trabajen fuera del hogar. La cabal realización de las funciones para las que, según hemos demostrado, está trazado el organismo femenino, no es compatible con que un oficio ó una profesión liberal absorba la mayor parte de las horas útiles de la jornada. El trabajo social de la mujer, ó se hace á costa de la maternidad, y á tal conducirían ciertas tendencias feministas, ó se ha de aceptar como una necesidad impuesta por las actuales condiciones económicas del mundo.

Sólo una razón económica, que creo vergonzosa para nuestra civilización, puede prevalecer sobre las razones biológicas que aconsejan la supresión del trabajo de las madres. Por eso los Estados y las Asociaciones particulares se han ocupado de

amenguar el error, tratando de ayudar á las madres trabajadoras, sobre todo en el trance del embarazo y de la lactancia. En varias naciones, los legisladores han regulado el trabajo de la mujer encinta. Las mismas leyes del gobierno comunista que actualmente impera en Rusia, se ocupan de esta cuestión y establecen seguros para las proletarias embarazadas. No hablemos de los asilos algunos ya antiguos en nuestro país, para recoger á los niños, mientras las madres ganan el sustento fuera de su casa.

En algunas de las grandes fábricas militares que funcionaban en Francia durante los años de la gran guerra, pudimos admirar la perfección técnica y el lujo de estas instalaciones, en las que los niños, exquisitamente vigilados, aguardaban á las madres, que, á sus horas, abandonaban un momento la labor del taller vecino para darles el pecho y volver después á su tarea.

Todo lo justificaba entonces el trance en que se hallaba la Patria, que hubo de recurrir al esfuerzo de todos sus hijos para no perecer. Pero en tiempo de paz parece que el ideal no debe ser ese hipócrita bienestar de que se rodea á las mujeres para que el trabajo injusto sea más productivo, sino que cada madre pueda serlo por entero, sin verse en la precisión de abandonar el hogar para allegar el pan de cada día.

Sin embargo, algunos biólogos pretenden, con razones científicas, justificar el trabajo de la mujer. Tal, por ejemplo, Toulouse, cuya teoría se funda en que la mujer, ganando por el propio esfuerzo su sustento, logrará independencia económica, social y sexual respecto del hombre, lo cual supondría el triunfo de todas las legítimas aspiraciones del feminismo. ¡Qué error suponer que una cuestión tan delicada y tan compleja como la posición respectiva de los dos sexos pueda resolverse con tan teórica simplicidad! Yo creo que la emancipación de la mujer, en lo que tiene de justo y razonable, es una obra de cultura de la propia mujer, del hombre y del Estado, pero nunca el resultado de un sencillo cambio económico de esta naturaleza. Y decimos de la emancipación femenina, «en lo que tiene de justo y razonble», porque precisamente la emancipación económica de la mujer—madre—es un hecho que pugna con la doctrina biológica del feminismo. Hemos procurado, en efecto, demostrar que el régimen ideal será aquel en que la mujer, durante toda su etapa materna, pueda verse libre de otros cuidados que los que directamente se relacionan con su prole. Y, por lo tanto, no ha de cesar exclusivamente sobre su compañero la carga de allegar los ingresos necesarios para el sustento de la casa. Todo lo que no sea esto, repetimos, supone un estado social muy lejano de la perfección á que aspiran todos los ensueños autópicos, entre ellos el feminista.

Claro es que esta exención del trabajo ajeno al hogar se refiere sólo—ya hemos insistido cuidadosamente sobre ello—á la mujer-madre. Pero, ¿y la que no lo sea? El problema entonces cambia de aspecto. En primer lugar, advirtamos que si las leyes biológicas rigiesen al mundo sin las trabas que le ponen, prejuicios ó realidades económicas, morales, religiosas, etc., el número de las mujeres no madres se amenguaría extraordinariamente, porque amenguaría mucho el número de las que hoy quedan, contra su voluntad, solteras. Más todavía quedaría el ejército de las que, casadas, son estériles, y, por fin, de las mismas madres en los años que preceden á la maternidad y en los que la siguen, cuando el ciclo sexual ha terminado y los hijos, ya crecidos, se dispersan del hogar.

Entonces el trabajo de la mujer no sólo es legítimo, sino necesario. Y en España, entre todos los países de Europa, es donde más alto se debe decir. Con profunda pena vemos todos tantas y tantas mujeres á quienes el destino no quiso llevar por el cauce de la maternidad que consumen sus días en una ociosidad absurda, sólo animadas por los más frívolos estímulos de la vida de sociedad y por las prácticas externas del sentimiento religioso. Y esto ocurre no sólo en los hogares acomodados, sino en aquellos de las últimas capas de la clase media, en los que el padre trabaja sin descanso para sostener la numerosa familia, de la que tal vez forman parte dos, tres ó más muchachas en aptitud de luchar por la vida, pero imposibilitadas de hacerlo por la ignorancia y los prejuicios sociales. Y esto no sólo en España; recordad en las páginas inmortales de madame Bovar la tragedia de la vulgaridad del hogar modesto de Francia. Y ved

cómo una escritora feminista contemporánea describe la vida de la mujer en los interiores de la clase media de París: «Pasa el día en bata en su mezquina habitación, matando el tiempo como puede, en charlas con las vecinas, en largas observaciones desde la ventana, detallando las «toilettes» de los que pasan por la calle. Confecciona, para distraerse, pequeñas labores, que, al cabo, le resultan más caras que si las comprasen en el almacén. Como esos prisioneros que espían en su celda durante horas y horas los movimientos de una araña, el espíritu de esta pobre mujer se apasiona desesperadamente por los más nimios detalles del hogar.» ¡Qué exacta pintura; como hecha por una mujer que seguramente ha vivido lo que expresa! ¡Y cuántas visiones de nuestro medio, de nuestras propias familias quizá, nos sugiere su lectura!

Afortunadamente, cada día es entre nosotros, como antes decíamos, mayor el número de muchachas que se preparan con una sólida instrucción, no de la que antes se llamaba estúpidamente de «adorno», sino de la que el día de mañana puede servirles para ganarse la vida, si desgraciadamente las circunstancias le obligasen á ello. Aun entre las hijas de familias acomodadas y poderosas van abundando las que estudian carreras comerciales ó científicas.

Es muy curioso que muchas de estas muchachas que obtienen títulos profesionales, tras largos años de trabajoso estudio, se casan, quizá con un compañero de aulas, y al entrar en la vida matrimonial abandonan el ejercicio y, á veces, hasta el recuerdo de su carrera. Con toda claridad nos indica este hecho cómo esa profesión liberal, que sirvió para cultivar el espíritu de la joven, y que la hubiese bastado para vivir independientemente, de ser soltera ó de no tener hijos, pasa, con toda su pompa académica, á un término secundario cuando la mujer adquiere el sencillo título de madre.

Al hablar de profesiones, nos referimos á todas las ocupaciones comerciales y mercantiles y al ejercicio de varias ocupaciones técnicas y carreras tituladas. Todo ello nos parece utilísimo para la mujer no madre. En cambio, el ejercicio de los cargos públicos que requieren gran independencia de criterio, resistencia á la sugestión, firmeza de juicio, iniciativa intelectual rápida, voluntad recia, y aun cierta dureza sentimental es francamente incompatible con la contextura espiritual de la inmensa mayoría de las mujeres. Aquel médico de Leónidas Andreev, tan profundo en su locura, decía que en el mundo ha habido mujeres inteligentes, bondadosas y llenas de talentos; pero jamás vió ni verá el mundo una mujer justa. No suscribiría yo estas rudas palabras; pero sí declaro que la inhibición pasional necesaria para el momento solemne de administrar la justicia, me parece muy difícil de lograr por el espíritu exuberantemente sentimental de la mujer. Recientemente, en Inglaterra, una dama que ocupa tan alto rango como madame George, ha sido nombrada juez de paz. Pero todos los indicios son de que el paso de la mujer por estos sillones públicos será tan gris, tan poco relevante como viene siendo su paso por la ciencia y por el arte mismo.

Hay, sin embargo, dos profesiones que encajan perfectamente en la contextura sexual de la mujer y que merecen, por ello, un comentario especial por parte del biólogo. Como que á pesar de desenvolverse en público su actuación no son sino la prolongación de actividades íntimamente femeninas ó más exactamente maternales. Me refiero á la enseñanza de los niños y á la asistencia de los enfermos. La enseñanza primera de los propios hijos, hemos dicho ya que debe ser considerada como un deber para cada madre. Tan deber como el dirigir su sustento en los primeros años infantiles. Antes citábamos la opinión de Pestalozzi, un pedagogo clásico. Gómez Ocaña recoge esta misma idea de labios del venerable padre Manjón. Y sobre todo, léanse las páginas maravillosas que dedica á este asunto el gran maestro alemán Gurlitt, cuyo breve libro sobre la «Educación natural» es uno de los tres ó cuatro que toda madre debiera tener siempre sobre la mesilla de noche para no dormirse ningún día sin leer alguna de sus páginas. La perfección se lograría, pues, si toda madre, del mismo modo que debiera criar á sus hijos, los pudiese iniciar personalmente en la educación. Pero hay muchas madres que

no tienen aptitud ó tiempo para ello; y hay también muchos niños que no tienen madre. Y para unos y otros serán tanto más provechosas las horas de la escuela, cuanto más se parezca á la madre quien les enseñe, aun con detrimento de la sabiduría académico. Goethe decía que «sólo aprendemos de aquel á quien amamos»; y esta frase nos enseña todo el valor pedagógico de la madre y en su defecto de la maestra, más que sabia, maternal.

Otro tanto puede decirse de la asistencia de los enfermos. La dulzura y el espíritu de sacrificio de la mujer—ese espíritu de sacrificio que tan característico es del alma femenina y del que con tan poca fortuna se burlaba Moebius—y además su habilidad y ligereza para las pequeñas operaciones manuales de la vigilancia y cura del paciente, la hacen á este respecto infinitamente superior al hombre. Bien se ha probado esta superioridad en la guerra que acaba de terminar, en la que ejércitos de heroicas mujeres, repartidas por los hospitales y hasta por los puestos de las líneas de fuego, han conquistado para su sexo una aureola que contrasta con máximo esplendor entre tanta y tanta crueldad cometida por los hombres. Y en tiempos de paz, bien podemos afirmar que ni en los hospitales ni en las casas de los enfermos se echa de menos á las médicas; pero ni los que sufren ni los que trabajamos por curarlos, podríamos prescindir de la insustituible actuación de las enfermeras.

Stendhal decía que «el verdadero teatro de las virtudes de la mujer es la habitación del enfermo». Y, á continuación, agregaba graciosamente: «pero si la mujer es tan buena enfermera, ¿pretendiéremos obtener de la bondad divina que redoble la frecuencia de las enfermedades para dar ocupación á nuestras mujeres?» Daba á entender con ello el gran escritor que, teóricamente al menos, el asistir á los enfermos no debe considerarse como un oficio corriente, sino como una dolorosa ocupación excepcional. Pero, por desgracia, en la práctica, son tantas las calamidades físicas de la humanidad, que dan holgada ocupación á innumerables mujeres, entre las profesionales y las religiosas; distinción por cierto un tanto arbitraria, porque para llevar á cabo tan excelsa misión, ni á las profesionales les puede faltar un espíritu acendrado de caridad (y esto es en último término religión), ni á las que van á la cabecera del enfermo por puro amor á Dios les viene mal un buen barniz de conocimientos técnicos.

He aquí limitadas las zonas de la legítima actuación social de la mujer, con la imprecisión obligada en todo problema biológico, pero con el único criterio racional, que es el biológico. Mas aquí surge una objeción importante á nuestro modo de pensar. Es indudable que pocas ó muchas, ha habido y hay mujeres con reconocida aptitud para todas esas actividades que nosotros consideramos extrañas á la fisiología femenina. ¿Por qué privarlas de ejercer esa aptitud y por qué privar á la sociedad de los beneficios de su actuación? Claro está que no. El criterio biológico no puede poner obstáculos, sino todo lo contrario, á la actuación social de esas mujeres, actuación que dada su psicología, será completamente normal. Lo que sí haremos constar es, que esas mujeres, como antes sosteníamos, son biológicamente excepcionales, escapan á la ley normal de su sexo. Nosotros aceptamos, pues, sin modificar una línea esta conclusión de Weininger: «Libre acceso á todas las profesiones y ocupaciones para aquellas mujeres que, en relación con sus necesidades psíquicas y en conformidad con su contextura somática, se sientan inclinadas al trabajo masculino, puesto que en estas mujeres se acusan vigorosos trazos de masculinismo. ¡Pero no se pretenda incluir en ese movimiento á todas todas las mujeres!»

Insistamos, por lo tanto, una vez más, en el carácter sexualmente anormal de estas mujeres que saltan al campo de la actividad masculina y en él logran conquistar un lugar preeminente. Agitadoras, pensadoras, artistas, inventoras; en todas las que han dejado un nombre ilustre en la historia se pueden descubrir los rastros del sexo masculino, adormecido en las mujeres normales y que en ellas se alza con anormal pujanza. Por no traspasar la

4)

ya excesiva longitud de esta conferencia no os presento las pruebas de la heterosexualidad de muchas mujeres ilustres de otros tiempos y también de los nuestros. Pero sí debo decir que, científicamente, debemo considerar esa tendencia inversiva, no como algo monstruoso, sino como un fenómeno frecuente y natural dentro de su anormalidad. Para explicárnoslo hemos de recordar que todos, hombres y mujeres, hemos sido originariamente bisexuados.

Probablemente, el que, allá en la obscura vida embrionaria se decida el sexo de cada uno de nosotros hacia el lado masculino ó hacia el femenino, depende de una pequeña causa, tal vez de un accidente fortuito. Y al fin, cuando se afirma y desarrolla el sexo de cada cual, siempre quedan latentes, perdurando toda la vida en nuestro organismo, rudimentos de los caracteres del sexo contrario. Es decir, que los hombres llevan en sí, escondidos, gérmenes amortiguados de mujer; y las mujeres más femeninas tienen también restos potenciales de varón adormecidos en sus entrañas.

Es decir, que la diferenciación de los dos sexos no es tan absoluta, tan profunda como se cree. No es una cuestión de calidades fundamentales distinta, sino sólo de cantidades, de proporción entre dos elementos que existen en uno y otro sexo. Ahora no nos extrañaremos de que haya muchos séres con el sexo no bien definido, sobre todo en la mujer, por ser, sin duda, como producto biológico, menos terminado, de más vagos caracteres que el varón. Y comprenderemos claramente por qué esas mujeres, que han sido formadas con un tanto por ciento exagerado del factor masculino, acuden instintivamente al campo social acotado para el hombre. ¡Cuán llenas, por lo tanto, de profundo sentido biológico, estas palabras de Weininger: «Cuando una mujer quiere emanciparse, no es ella, sino el hombre que hay en ella el que quiere emanciparse»!

Weininger, divagando ya un poco literariamente, habla de un «sexo intermedio», en el que incluye á estas mujeres emancipadas, sobre todo á las artistas. Y recuerdo esto porque precisamente entre los hombres artistas se dan también, con mayor frecuencia que en otras actividades, en aquellos de caracteres sexuales equívocos. Nos sería muy fácil recordar entre pintores, escritores, etcétera, afamados, múltiples casos de tendencia inversiva y aun de franca femenilidad. Un escritor contemporáneo—cierto que un poco hosco y agresivo—, Salaverría, habla también (probablemente sin conocer á Weininger, por lo menos sin citarle) de un «tercer sexo», al que pertenecen los artistas. He aquí sus palabras: «Y si investigamos hacia cuál de los otros sexos se aproxima el artista, veremos que hacia el femenino. Efectivamente, desde antiguo se observa la propensión que tiene el artista á dejarse crecer el pelo; su rostro es con mucha frecuencia afeminado; es débil y laxo frente al vicio; tiene el amor del escándalo, del reclamo, del chantage; busca el elogio y la admiración, aun á costa de la honra y de la vida; es irritable, impertinente, envidioso y cruel. Todo eso, en suma, tan femenino». Sangrienta es la pintura y ciertamente inaplicable á los grandes talentos artísticos en los que el vigor creador va, por el contrario, unido constantemente á un masculinismo recio y á veces desbordante. Pero de todos modos quizá sea el arte—ytal vez lo sea por su misma exquisitez—una de las zonas profesionales en donde con mayor facilidad se acomoden esos espíritus sexualmente intermedios, procedentes tan del uno como del otro sexo.

Y aquí realmente debía terminar esta conferencia. Hemos hablado del aspecto sexual y del aspecto profesional ó social del feminismo, tratando de fijar sus límites con un criterio biológico. El biólogo tiene poco que comentar de los otros dos sectores de las aspiraciones feministas: el jurídico y el político.

Respecto á las aspiraciones jurídicas de la mujer, sólo espíritus atrabiliarios pueden regatearle su simpatía. Es tan enorme la injusticia, la inutilidad y la indelicadeza de que no sean iguales las leyes para ambos sexos, que esto sólo justificaría los

mayores apasionamientos de las reivindicaciones feministas. ¿Cómo ha podido el hombre ser tan injusto con el sexo que le dió al sér y al que, además, se complace en llamar «débil»? ¿Qué varón podría no ser capaz de no suscribir estas generosas palabras de Gurlitt?: «No queremos que la mujer goce únicamente de los mismos derechos del hombre, pues esto sería una injusticia para ella; reivindicamos para el sexo femenino derechos especiales, inasequibles á los hombres. «Y, sin embargo, las leyes siguen manteniendo como la cosa más natural la intolerable desigualdad en casi todo el mundo. Han sido en esta materia dos países hermanos del nuestro los que han roto la marcha contra el consuetudinario error: Italia, cuyo rey promulgó el año pasado una ley inutilizando, en el terreno civil, todas las disposiciones legislativas que establecen la inferioridad de la mujer. Y Francia, en donde estos mismos días Mr. Jules Guesde, en unión de otros setenta y cinco diputados, ha presentado á la Cámara francesa esta proposición de ley, que copiamos para aplaudirla y para desear que algún día se imite entre nosotros: «Todas las disposiciones legislativas que establecen la inferioridad de la mujer quedan suprimidas para siempre. La mujer queda incluída en todos los beneficios de las leyes que hasta ahora sólo se aplicaban al hombre. Todas las leyes que se promulguen en adelante deben referirse escuetamente al sér humano, sin distinción de sexos.»

¿Y el voto de la mujer? El voto de la mujer—y con esto terminamos—sólo indirectamente nos interesa.

En este punto, es pueril hablar de memoria, porque el voto femenino está ya establecido en más de quince países del mundo, en algunos hace ya bastantes años (en Nueva Zelanda — ¡quién lo dijera! — desde 1893); y no se comprende cómo feministas y antifeministas teorizan sobre concretos hechos de observación. Creemos indudable que los inconvenientes del voto femenino no están, como se dice, en la incultura ni en la fácil sugestionabilidad de la mujer, pues ambas circunstancias, más la venalidad interesada, existen largamente en el hombre español de muchas clases sociales, precisamente en las que por su número influyen más en el resultado de los sufragios. Pero en la mujer de ciertos países se da, además, la circunstancia de la dependencia sexual, la sumisión al sexo contrario; sumisión mantenida por la fuerza en el ambiente matonil de nuestro pueblo, producto degenerado del honor caballeresco de nuestro siglo de oro y tan vituperable, aunque más elegante que el matonismo de ahora: sumisión mantenida por la maternidad resignada y pasiva que antes hemos comentado; por toda la tramoya de las conveniencias sociales; por todo el ambiente sentimental y literario de nuestra raza, que tiene arraigado en su propia medula este concepto violento y pasional del amor. Y en estas condiciones, el voto de la mujer no puede representar una fuerza imparcial que purifique el sufragio—como nuestras feministas pretenden—sino un simple refuerzo numerario de la misma actitud de los hombres ante las urnas. Aun en países ya tan distantes psicológicamente del nuestro como Inglaterra, Barthelemy, estudiando el resultado de la reforma, recientemente implantada llega á esta conclusión: «la regla es que la mujer vote como su marido.»

En cambio, en los países escandinavos no sólo el voto de la mujer, sino el acceso de ésta á los cargos de la administración pública se ha logrado y se practica casi automáticamente. Y es porque en estos países—Suecia, Noruega, Dinamarca, Finlandia—la mujer, frente al amor y frente al hombre, obra con perfecta independencia, con el sentimiento sojuzgado por la razón. Considerando—dice el citado Barthelemy—la literatura de un pueblo como la expresión superior de su mentalidad, lo que choca en la literatura escandinava es la preocupación de hacer la teoría del amor. En este sentido fué el gran dramaturgo Enrique Ibsen uno de los precursores de la emancipación política de la mujer, en su drama «Casa de muñecas», que recoge el eco de sus preocupaciones en este orden de ideas. Ahora bien, comparemos nosotros la teoría del amor y la posición de la mujer frente al hombre en «Casa de muñecas»

con el mismo problema visto en nuestra dramaturgia, hecha á base de raptos, adulterios y violencias. A los que duden del abismo que separa á nuestra mujer de la «Nora» noruega, les diré que yo he visto representar el drama de Ibsen en tres grandes capitales de España, y en las tres, el público, del que formaban parte gran número de mujeres muy distinguidas y cultas, ha acogido con risas y protestas, ó por lo menos con indiferencia, las escenas del último acto, en que la protagonista, reflexivamente, sofoca á su corazón y á su sexo y levanta el vuelo del hogar. Esto no conmoverá jamás, á pesar de su belleza literaria, el corazón de nuestras mujeres. No juzgo que esté bien ni mal. Pero es—y perdonad si os parece incongruente la conclusión—indicio de una mala aptitud par ir con independencia á las urnas.

Por lo demás, entre nosotros se sigue repitiendo el tópico de que al acudir la mujer al sufragio se purificaría éste. Así lo declaraba hace poco, en la Academia de Jurisprudencia, doña María Espinosa, que ostenta la máxima representación oficial de nuestras feministas. Teóricamente no estaría bien acudir á la lucha contra los prejuicios que colocan á la mujer en situación de inferioridad, esgrimiendo otro prejuicio, cual es el de la supuesta integridad política del sexo femenino.

Y en efecto, las noticias de los países en que el voto femenino es un hecho, así nos lo demuestran. Por ejemplo, en las elecciones de los Estados de América del Norte en que votan las mugeres, se han registrado entre otros los hechos siguientes, que recogemos de diversos informes emitidos por publicistas de todos los bandos:

«No está en modo alguno demostrado que la entrada de las mujeres en la política haya dado lugar á la menor purificación de las costumbres electorales». «Un Comité del Congreso ha hecho una información de la que resulta que algunos de las fraudes electorales más escandalosos había sido cometido por mujeres». «Se ha comprobado un número grande de mujeres que han tomado dinero en las elecciones». «Se comprueba que algunas mujeres tienen una especial reputación como corruptoras de electores». Y así podríamos continuar copiando. Barthelemy (y volvemos á citarle por ser un paladín del feminismo) termina uno de los capítulos de su libro con las siguientes palabras: «Es, pues, indudable que las mujeres no son desde el punto de vista electoral peores que los hombres; tal vez un poco mejores». En boca de un feminista, el elogio no es ciertamente excesivo.

Mucho se habla también de que el voto de la mujer en España acrecería el vigor de los partidos reaccionarios. En efecto, uno de los rasgos psicológicos del espíritu femenino es su tendencia conservadora, su prevención ante las actitudes innovadoras. Rasgo legítimamente derivado de la índole, también conservadora, del metabolismo femenino, explicado al principio de esta conferencia. Entre nosotros, la única irrupción del sexo femenino, como tal colectividad, en la política ha sido, en efecto, en sentido derechista: me refiero á la protesta de las mujeres españolas cuando ciertos intentos de legislación anticlerical en tiempos de Canalejas. En la misma Inglaterra se ha dado el caso significativo de que en la discusión de la ley del sufragio femenino, en la Cámara de los Lores, que, en general, era hostil á la reforma, entre los que votaron á favor figuran dos arzobispos y todos los obispos. Seguramente lo harían con su cuenta y razón. Sin embargo, la lectura de los resultados de la intervención de la mujer en el sufragio, según los datos de diversos países que tenemos á la vista, dejan el ánimo perplejo. A veces, como en las elecciones municipales de Nueva York de 1918, se achaca á la mujer el fracaso de los socialistas; á veces, como en 1913, en Copenhague, se achaca al voto femenino el triunfo de estos candidatos de la izquierda. Y es que, en el fondo, ocurre lo que antes indicábamos: que la política sigue las fluctuaciones que le marcan los hombres y la intervención de la mujer para nada las modifica luego.

Nuestra opinión es, por lo tanto, que al lograr su participación en el sufragio y aun su ingreso en la administración pública y en la gobernación de los Estados, las mujeres apenas torcerán la ruta actual de las cosas. En este terreno es ley bioló-

gica que el hombre impere, y pese á todo, se impondrá siempre. Pero no debe olvidar el bello sexo que aunque estas aspiraciones políticas del feminismo fracasen, siempre quedaría en sus manos el más legítimo de sus resortes, el encanto sexual, con el que no se gobierna el mundo, pero sí á los hombres que le dirigen. Gómez Ocaña recuerda oportunamente, á este respecto, á Cornelia, á Livia, á Cleopatra. Si, según dicen, de la nariz de esta dependía la suerte de las naciones, la verdad es que sin otra razón que la gracia de su perfil logró bastante más que todas las sufragistas con sus propagandas y su dinámica masculina.

Y aquí terminamos. Podríamos resumir esta larga argumentación afirmando:

Que la diferenciación biológica de los dos sexos marca bien los caminos distintos que en su actuación social deben seguir uno y otro.

Que sólo en los casos—mucho más frecuentes de lo que se cree—en que esta diferenciación sexual es borrosa, pueden legítimamente converger al mismo plano de actividad la mujer y el hombre.

Que en lo referente á las reivindicaciones jurídicas y políticas de la mujer, el criterio biológico tiene que ser forzosamente feminista, aunque con algunos reparos, respecto á la oportunidad de aplicación de las reformas de orden político.

Y por fin, que al insistir en el problema de la diferenciación de los sexos, que constituye el eje de nuestro modo de pensar, creemos que deben abandonarse para siempre las antiguas discusiones de la supuesta superioridad de uno de ellos sobre el otro. Con palabras de un gran [illegible] contemporáneo, podemos decir: «A nadie se le ocurrirá que un hombre tipo sea lo mismo que una mujer; pero tampoco que la mujer sea inferior al hombre ó viceversa. Es absurdo discutir el valor de los dos sexos. Ambos existen, son indispensables, y dependientes el uno del otro. Su justificación está en que se completan. Es una dicha que todo hombre nazca de una mujer. Pues ¡quién se atreverá á despreciar la fuente de su vida!

He dicho.